

Atmósferas

Todo lo que pinto parte de una misma pregunta: quién sería yo si nunca hubiera dejado de crear. A los diez años pintaba sin pensarlo, sin medir el resultado ni pedir permiso. Ese impulso se quedó esperando durante años, mientras la vida adulta imponía sus propios juicios. Pintar hoy es la manera que encontré de volver a buscarlo, no para imitarlo, sino para dialogar con él y, con el tiempo, cumplirle la promesa que nunca le hice.

Llamo a mi trabajo atmósferas porque no me interesa representar un motivo, sino construir el ambiente completo que lo envuelve: ese feeling que se siente al estar ahí, sin necesidad de ninguna figura reconocible. Cada atmósfera nace de algo que me atraviesa, una emoción, un lugar, un recuerdo, y se resuelve sin referencias ni una paleta decidida de antemano.

El proceso mismo repite esa búsqueda. Empiezo con brochas grandes, rápido, dejando que el cuerpo decida antes que la mente: agua, acrílico, capas que se acumulan y zonas que raspo hasta encontrar la profundidad que la atmósfera necesita. Solo después llegan los pinceles pequeños, para abrir foco y contraste, y los garabatos de óleo pastel que no calculo, el mismo gesto despreocupado de quien todavía no sabe lo que es el juicio. En cada lienzo conviven, literalmente, esas dos versiones de mí: la que construye con cuidado y la que todavía se atreve a garabatear sin miedo.

No busco perfeccionar la técnica, busco perderle el miedo. Cada atmósfera que termino es una forma de rescatar de la melancolía al niño que quiso ser artista y nunca dejó de esperar, y de decirle, en el único idioma que compartimos, que su sueño finalmente se está cumpliendo.